

Muchas veces creí que la engañaban con planideras historias. Ella me enseñó a ver la vergüenza en aquél que pedía dinero. Yo tenía que abrir su cartera y dar, dar, dar.

Mis sábados y domingos y tardes libres y noches fueron de ella en el año que estuvo en la Universidad de Columbia. Así con ella por el barrio latino, por Greenwich Village y por los salones de los aristócratas de la Avenida Park. A ella debo haber conocido a Rabindranath Tagore. Ambos escribimos artículos sobre el gran poeta hindú. Entrevistó a Charles Lindberg antes de que éste hiciera su viaje por la América española y le dió sabios consejos. Recuerdo su linda opinión sobre Anne Morrow. La conceptuó "fina de espíritu, poeta".

Tenía un finísimo humor. Un día del mes de abril decidimos visitar la Estatua de la Libertad. Me dijo: "Labarthe, entrémosle por el alma arriba hasta el oído y pidámosle la libertad para su isla de Puerto Rico". Sobre esa visita a Miss Liberty escribió un artículo que voló por todo el mundo. Me honró nombrándome en el artículo.

Gustaba visitar las factorías y ver como el hombre se mecanizaba. Un día yendo a una fábrica de turbinas se detuvo frente a una aguja. Le pregunté qué miraba tan detenidamente. "La cara de Cristo en esa gota de aceite", me respondió.

En la fábrica de cristales se horrorizó al ver como se desfiguraba la cara de los que soplaban por largas cornetas el cristal para dar forma a las ánforas, vasos o floreros. Me enseñó a darle valor humano al producto terminado y listo para el uso. "No aceptes nunca sin dolor lo que usas, así como el alfiler, los botones de tu camisa, la suela de tus zapatos. Tal vez la sangre del hombre las bautizó antes de que tú los usaras".

Tenía gran paciencia con el ignorante y atrevido. Desde muchacho de doce años escribía versos. Sólo los enseñaba a mi madre que por madre los encontraba buenos y se los enviaba a la abuelita. Con los años y ya habiendo leído a los maestros, los encontré yo muy malos. Un día me atreví a leerlos a la generosa Gabriela. "Son originales, Pedro Juan. Léelos otra y otra vez". Tomó varios, los puso en un sobre con una nota suya y los envió a don

Joaquín García Monge del "Repertorio Americano". A ella le debo lo poco que valgo. Varias veces le leía aquellos poemas que yo consideraba muy buenos y con amistad sincera y leal me decía: ¡"Cuánta tinta mal gastada! No valen nada pero guárdalos para que confrontes". Gabriela jamás aduló. Jamás. Ella decía "Soy iodo para curar y no plumilla para acariciar". Así enseñó ella.

Amaba los corridos mexicanos, a Lucha Reyes, y me traía loco buscándole el último corrido nuevo. Muchas veces vi sus ojos húmedos escuchando la música de "El Venadito".

Viajaba con placas fonográficas, fonógrafo y muchos, pero muchos libros y poca ropa. Cuando era invitada a casa de los ricos iba tan y tan sencillamente vestida, sin joyas, que parecía más bien una estatua erecta de la diosa Ceres o una aldeana que irrumpía de la tierra en aquel instante: pura.

Reía con suavidad y sus manos eran ritmo a su sonrisa. Su tono de voz era monótono. Su peor enemigo de sus versos era ella cuando los leía, pero había un no sé qué en su voz que invitaba a seguir escuchándola.

Carlos Dávila me contaba que en 1952 cuando la honraron a ella con la Reina Madre de Inglaterra, en la Universidad de Columbia, tuvo que leer unas palabras, pero "su voz era pesada, pastosa pero de Biblia".

Fuese como profesora a Vassar y allí le seguía todos los fines de semana para contestar su correspondencia y escribir a maquinilla sus artículos y poemas y escucharla hablar, hablar de todo. Yo callaba. Una vez empezó a decir dislates y como yo no la corregía o le argumentaba me llamó "tonto o miedoso". "Aprenda a defender sus puntos de vista" y me trató de usted. Desde entonces tuvimos grandes polémicas verbales y por escrito y empezó a quererme más. (Llora Pedro Juan, recordándola, llora).

Estando en Vassar fue nombrada cónsul de Chile en Madrid, aunque ya había aceptado ir a Middlebury College ese verano, pero como dije antes, siempre queriendo ayudar al joven principiante, recomendó a la joven maestra puertorriqueña Margot Arce para que la substituyera. ¡Qué honor!

Antes de salir para Europa la presenté a Rómulo Gallegos en el hotel Penn-

sylvania, hoy Statler, de Nueva York. Cuando Rómulo la llamó doña Gabriela noté cierto rictus en su sonrisa de Mona Lisa. Al otro día me llamó y me encargó que le dijera a Gallegos que "cortara el doña. Sonaba feo".

Llamó al autor de "Doña Bárbara": "Centauro tímido y el único novelista de talla en nuestras letras".

Segundo encuentro:

La seguí a Madrid y allí en su consulado conocí a Palmita Guillén, a Pablo Neruda, a Luis Delano, a Concha Conde, a Margot Arce y a Victoria Kent. Allí leí el prólogo que acababa de escribir para un libro de versos de la poetisa de Puerto Rico, Carmen Alicia Caddilla.

De su vida en Madrid nada diré. Qué escriba sobre esos meses suyos allí Pablo Neruda o Palmita Guillén. La Kent fue su leal amiga todo el tiempo. Me fuí a tomarle el pulso a varios amigos en Madrid sobre Gabriela. Estuve con Concha Espina, los Quintero, don Jacinto y con Ortega y Gasset. Este la consideró "extraordinaria".

Por años dejamos de vernos, pero nos escribíamos. (Hoy releo sus ochenta y dos cartas, telegramas y cables.) También hablamos por el teléfono. La distancia nada significó para nosotros.

Tercer encuentro:

Organicé como presidente del Club de Escritores de Pittsburgh un festival internacional de literatos. Entre los nombres en la lista estaban Maurois, Lin Yutang, Toynbee, Buddhadeva Bose, Dos Passos, Archibald Mac Leish, Madariaga, Claude Bowers y Gabriela Mistral. Fué mi huésped en mi humilde casa con su queridísima amiga-hija, Doris Dana, quien ya ha visto morir.

Teniéndola frente a mí acabada, demacrada, ya enferma, no la veía con los ojos de 1954, pero con los ojos de 1932. Sí veía su cabellera gris, y oía su voz "pesada, pastosa pero de Biblia". Su andar era el de siempre, de labradora echando la semilla en los surcos de todos los caminos del mundo.

Leyó su poema "Geografía de Chile" en español. Doris traducía, pero tal era su magnetismo, que el público de habla inglesa prestaba más interés cuando ella leía aún cuando no la compren-